

tros, y jamás rechaza á los que en él ponen su confianza. Habeis renunciado al mundo, habeis dejado todo cuanto más amabais en él, y habeis venido á mí, que nada valgo, para ponerlos bajo mi dirección. Así como yo hago todos los esfuerzos que están á mi alcance para instruiros en lo que manda el Señor, así es necesario que vosotros lo ejecuteis, para que le seais agradables, y para que en el día del juicio pueda yo decir con entera confianza á Jesucristo : « Heme aquí, Señor, con todos los hijos espirituales que me habeis dado. »

Viendo que algunos religiosos se descuidaban en el cumplimiento de sus deberes, les dijo en un arrebatado de celo : « Guardaos, hijos míos, de que llegue á indignarme vuestra negligencia, pues esto me impediría orar con la atención de espíritu y de corazón que yo deseara. Me veo obligado á instruiros y corregiros, porque Dios me ha confiado vuestra dirección, y temo que, faltando á este deber, me suceda como al sacerdote Heli, que fué castigado en sus hijos por no haberlos corregido. Esforzaos, pues, hijos míos, en practicar la virtud con los auxilios de la gracia, que Dios no os negará. Perseverad en el bien que habeis comenzado, y hacedlo, no por instigación sino por inclinación. Absteneos de todo lo que tenga apariencia de mal : ejercitaos en la longanimidad y en la paciencia, pues esta virtud nos es absolutamente necesaria para cumplir la voluntad del Señor y hacernos dignos de sus recompensas. No olvideis que, para alcanzar el reino de los cielos, es preciso hacerse violencia. »

Con mucha frecuencia les repetía estas importantes máximas. « Mis queridos hijos, no es asunto de poca importancia el cumplimiento de los deberes que nos impone la religión cristiana. Tenemos necesidad de combatir constantemente ; pero no por eso nos hemos de desanimar. Consideremos que el trabajo durará muy poco tiempo, y

que la recompensa será eterna : hagamos, pues, todos los esfuerzos posibles para alcanzar esta bienaventuranza, que no ha de tener fin. Corramos para ceñir la corona que nos está preparada. Aprendamos á practicar el bien, y Dios nos fortalecerá. Tenemos que combatir contra los demonios y contra nuestras pasiones : tomemos como armas espirituales, el escudo de la fé, la coraza de la salud y la cortante espada de la divina palabra. Ciñamos nuestros lomos, y calcemos nuestros pies, para marchar por el camino del Evangelio de paz. Presentémonos á nuestros enemigos como soldados de Jesucristo : combatamos esforzadamente, y no economemos nuestra sangre, cuando se trate de resistir á las potestades de las tinieblas y al pecado. La virtud sólida consiste en renunciar á las satisfacciones de los sentidos, en alejarse de lo malo, en practicar el bien y en imitar al santo Apóstol, que servía á Dios en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, en el frío, en la desnudez, en los azotes, en las prisiones y en todas las penalidades que hay que sufrir. »

« No demos asentimiento, les decía en otra ocasión, á los que discurren como los filósofos, aún cuando hablen de cosas de Dios, ni á aquellos que hablan muy elocuentemente, pero que no practican lo que dicen. Por el contrario, profesemos especial afecto á los que, tanto con sus palabras como con sus obras, nos enseñan á practicar el bien : pues el reino de Dios no consiste en palabras ni en apariencias, aún cuando se tengan las de una oveja, y Jesucristo nos enseña que el árbol se conoce por sus frutos. Si alguno guarda con todo su corazón los mandamientos divinos, y sus obras son conformes á sus palabras, si tiene compunción de corazón, si trabaja noche y día en hacerse perfecto, mirémosle como á maestro, como á padre, como á hermano en la fé y como á un amigo de

la mayor confianza; porque el que trata á los santos, se santificará con ellos. »

« Sacudamos la pereza, mis queridos hermanos, pues el trabajo no es grande, y se nos prometen grandes recompensas. Apresurémonos á entrar en el reino de los cielos, soportando para ello los trabajos de esta vida, que es tan poco duradera, y hagámonos dignos de compartir con los santos la herencia que ellos han adquirido. No hay comparación entre los trabajos de este mundo y la gloria futura que nos está preparada, si somos fieles. »

« Aprovechemos, por último, mis amados hermanos, aprovechemos el tiempo de esta vida: vigilemos sobre nosotros mismos, y perseveremos en el servicio del Señor, no sea que, no trabajando en el tiempo de la vida presente, tengamos que arrepentirnos inútilmente en la eternidad: pues entónces de nada nos servirá nuestro arrepentimiento, porque ya no será tiempo de practicar el bién, que debiéramos haber hecho en la vida. La relajación y la vana solicitud por las cosas del mundo acarrean grandes perjuicios á nuestra alma, y por esta razón debemos procurar alejarnos de todo lo malo, y amar á Dios con toda fidelidad. Un hombre que no tiene arreglada su conducta y que sigue las inclinaciones de los sentidos, nunca será un hombre interior, ni experimentará la abundancia de luz y de consuelo, con que Dios favorece á las almas reguladas y mortificadas. Por el contrario, los que combaten animosamente sus pasiones, los que vigilan incessantemente para reprimir sus movimientos, los que se desprenden de las cosas de la tierra para amar sólamente las del cielo, los que aman sinceramente á Dios, y le sirven noche y dia, tienen el consuelo de recibir en sus almas las ilustraciones divinas, se hacen de dia en dia más interiores, y son dirigidos por el Espíritu Santo, que les lleva á la salud por el camino estrecho. Pero ántes de llegar á este

estado, tenemos que pasar por muchas tentaciones y aún cuando hagamos progresos, no faltarán estas tentaciones y tribulaciones; así es que no debemos dejarnos llevar por la pereza y la relajación, sino perseverar constantemente en el bién, acudiendo á Dios por medio de la oración. Sufrámos generosamente porque la caridad todo lo sufre; Dios vendrá en nuestro auxilio, y su paz habitará en nuestros corazones. »

« Para beneficio vuestro, me veo obligado á deciros, mis amados hijos, algunas cosas que yo debería tener ocultas; pero como no busco más que la gloria de Dios y vuestra utilidad, os las diré con sencillez. Hace sesenta años que abracé la vida solitaria, y durante este tiempo no recuerdo haber dormido todo lo que hubiera deseado, ni haber quedado satisfecho en la comida. De esta manera me hacía violencia, para ser fiel al Señor, y merecer que un dia me diga: Tén ánimo, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor. Reconozco, sin embargo, que léjos de poderme presentar como modelo á ningún siervo de Dios, soy el menor de todos: pues desde que estoy encargado del gobierno del monasterio, y obligado á vigilar la conducta de cada uno de vosotros en particular, siento que mi espíritu está lleno de mil cuidados, y que no se eleva á Dios con la misma pureza que ántes. En otro tiempo no tenía yo cosa alguna que solicitase mi atención: todo mi sér estaba ocupado en Dios, en quién tenía una confianza enteramente filial. »

Esto lo decía san Hipaco con aire de dulzura, pero mezclado con cierta tristeza. Uno de los religiosos que le escuchaba atentamente, le dijo: « Padre mio, entónces no trabajabais más que por vuestro propio bién, y ahora lo haceis por el de muchos; Creeis haber perdido algo? No, ántes por el contrario, habeis ganado el doble. Nuestro

Señor Jesucristo vino á salvar el mundo. » La reflexión de este religioso consoló al Santo, que cambió en gozo su tristeza.

MONASTERIOS DE CONSTANTINOPLA Y DE LA GOTIA

La historia de los grandes hombres que profesaron la vida religiosa en Constantinopla, no puede ser tratada en un solo capítulo, así es que en el presente no daremos más que una idea general de sus monasterios y de los de Gotia, que no estaban muy distantes; y despues hablaremos, en diferentes capítulos, de san Isaac, de san Dalmacio, del bienaventurado Dius, de san Alejandro, de san Daniel Estilita y de otros muchos que se distinguieron por su santidad, y por los servicios que prestaron á la Iglesia.

En el tiempo del gran Constantino había monasterios de hombres y comunidades de vírgenes en Constantinopla. Eusebio dice de este emperador que profesaba grande veneración á los que se habían consagrado á los ejercicios de la vida religiosa, y que honraba también á las comunidades de mujeres, que habían prometido á Dios pasar su vida en el santo estado de la virginidad. Suidas y Rufino atribuyen los mismos sentimientos á santa Elena, madre de este emperador.

Dícese que esta piadosa princesa hizo edificar en Constantinopla los monasterios de Belén, y de Castría, y otro bajo la advocación de san Carpio y san Babilas, pero esto es muy dudoso. Floro y Calistrato edificaron dos casas, que fueron convertidas en monasterios en tiempo de

este emperador. Zotico, oficial de Constancio, emperador ariano, estableció también una comunidad de monjes, á los cuales suministraba todo lo que necesitaban para vivir. Este príncipe se indignó contra él, y le condenó á muerte, lo que indica que Zotico era huén católico, así como los monjes que gobernó.

Hemos visto en la vida de san Gregorio Nacianceno que, habiendo prevalecido el arianismo bajo Constancio en la ciudad imperial, se halló ésta enteramente infestada con tan nefando error, así es que los monasterios del gran Constantino fueron destruidos, ó dados á monjes pervertidos, que habían abrazado la religión del príncipe.

El heresiarca Macedonio, que subió á la silla episcopal de Constantinopla en 351, fundó dos monasterios. Maratón, su discípulo favorito, tomó el hábito religioso, y edificó un monasterio que llevó su nombre. Los novacianos tuvieron también en la misma ciudad un obispo llamado Pablo, que formó una sociedad de religiosos, cuya observancia era muy exacta, pero que desgraciadamente no vivían en la comunión de la verdadera Iglesia. Eutiquiano, de la misma secta, hizo profesión de la vida monástica en las inmediaciones del Monte Olimpo. Si los herejes tuvieron en este tiempo sus falsos monjes, como habían tenido en los anteriores sus falsos mártires, la Iglesia católica tuvo también sus verdaderos monjes, que opuso á estos hijos de perdición.

Habiendo venido san Gregorio Nacianceno á Constantinopla, y habiendo hecho revivir con sus trabajos la verdadera fé, tuvieron los monjes católicos libertad para establecerse en ella, y floreció el estado monástico. La silla patriarcal quedó vacante por la dimisión de este Santo, y Nestorio, que le sucedió, celebró un concilio, á que asistió un gran número de prelados, y que se cree haber sido congregado á instancias del prefecto Rufino, el cual